

MI VIDA CON LAS MUJERES

(UNA CASI NOVELA, CASI MORAL,
CON EPISODIOS CASI TEÓRICO-PRÁCTICOS)

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 21

MI VIDA CON LAS MUJERES

por

Arturo Trejo Villafuerte



*F*ICTICIA

MÉXICO

2009

MI VIDA CON LAS MUJERES (UNA CASI NOVELA, CASI MORAL, CON EPISODIOS TEÓRICO-PRÁCTICOS)

Coedición:

Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo / Ficticia S. de R. L. de C. V.

D.R. © Arturo Trejo Villafuerte

D.R. © CECULTAH

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

México, 2009

ISBN CECULTAH: 9978-607-7878-01-8

Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Foto del autor y cuidado editorial: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México D. F.

ISBN: 978-607-7693-10-9

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Primera edición: septiembre de 2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, digital o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso y hecho en México

Para las mujeres de mi vida:
Josefina, Tisbe y Trilce, mis amores.
Invitada especial: Musa

Para Pancholín y Coco, por su apoyo de siempre y la beca

Para Primo y Martha, mis padres

Para mis hermano@s, cuñado@s y sobrino@s,
en especial a Alfredo, quien revisó con paciencia
este manuscrito

Para Eusebio Ruvalcaba, Rolando Rosas Galicia,
Miguel Ángel Leal Menchaca (y las integrantes de su
Taller de Literatura: Esther, Adela, Alicia, Graciela,
Edith y Queta), Alfredo Giles-Díaz y Rafael Ríos,
generadores de estas ideas que se volvieron relatos

Para mis amigos y compañeros de la vida:
Armando Buendía, Alex Sanciprián, Arnulfo Domínguez,
Ignacio Trejo Fuentes, José Nemorio Mendoza,
René y Emilio Aguilar, José Francisco Conde Ortega,
Sandra Guadalupe Arriaga y José Francisco Conde de Arriaga,
Vicente Quirarte, Eduardo Langagne, Saúl Juárez,
Jaime Vázquez, Enrique Romo, Marco Antonio Campos,
Vicente Francisco Torres, Oscar Mata, Rafael Vargas,
Alejandro del Valle, Alejandro Sandoval,
José Ángel Domínguez, Marcela L. Ramírez Maldonado,
José Buil, Marisse Sistach, Mario *el Diablo* Rodríguez,
Jaime Aljure, Carmen Morales, Jorge Esquinca,

Felipe de Jesús Hernández, Marcial Fernández,
Mónica Villa, Antonio Bravo, Angélica Aguilera,
César Benítez Torres, Anthar López, César Gutiérrez,
Luis Alberto y Víctor M. Navarro y, en particular,
a quienes me acompañaron durante mi “reclusión”
en Santa Martha Acatitla: Mauricio Carrera,
Cira Aide Morales Cruz, Fernando Reyes, Fabiola Cortés,
Isolda Dosamantes, Ilse Villa, Rocío Osorno, Sol Eunice,
José Zarate, Rosa María Becerril y Lucero Gómez Jiménez,
porque ellos sí saben de estas cosas del amor
 (“... piensa donde la gloria del hombre comienza y termina/
y di que mi gloria fue tener tales amigos”. W. B. Yeats)

Para Juan José Castañeda (*i. m.*)
agradeciendo sus enseñanzas y apoyo incondicional

Para Xorge del Campo (1945-2008),
amigo generoso y noble

Para Roberto Vallarino (1955-2002),
por los buenos momentos

Para Severino Salazar (*i. m.*),
siempre amigo, siempre cordial

Para mis paisanos hidalguenses: Ricardo Garibay
por *el Joven aquel*, y Homero Aguilar,
por sus letras de amor y dolor (*i. m.*)

ALGUNOS EPÍGRAFES

Me cansé de rogarle...

José Alfredo Jiménez

—El alcohol es como el amor —expresó—.
El primer beso es una magia; el segundo, intimidad;
el tercero, rutina. Después de eso lo que
hacemos es desvestir a la muchacha.

—¿Y eso es malo? —le pregunté.

—Es muy interesante, pero es una emoción impura...
impura en el sentido estético. No estoy despreciando al sexo.

Es necesario y no tienen por qué ser desagradables.

Pero siempre hay que manejarlo con prudencia.

Transformarlo en algo maravilloso es empresa de
millones de dólares, y cuesta cada centavo de esos millones.

Raymond Chandler, *El largo adiós*

Cultivar el placer de los sentidos fue siempre mi principal
ocupación: Nunca encontré nada que fuera más importante.
Me sentía nacido para el bello sexo; siempre amé a las mujeres
y siempre me hice amar por ellas todo lo que pude... Reconozco
que en el curso de mi vida he sido arrastrado más por los
impulsos del sentimiento que por los efectos de la razón, y creo
haber aceptado también que mi conducta ha dependido más de
mi carácter que de mi espíritu; que siempre ha habido guerra
entre los dos y que, en sus choques continuos, nunca me sentí
suficientemente lleno de espíritu para mi carácter, ni
suficientemente provisto de carácter para mi espíritu... En
cuanto a las mujeres, siempre encontré suave el aroma de todas
las que amé... Las verdaderas virtudes no son más que
costumbre, y me atrevo a decir que los verdaderos virtuosos son
aquellos que ejercen las virtudes sin concederles ningún valor.

Esta gente no conoce la intolerancia, y para ella escribo...

Jacobo Casanova, caballero de Seingalt, en sus *Memorias*

Pero creo que mi motivación para escribir tiene algo que ver con la pasión que siento por las mujeres. Hay personas que por comodidad, por prudencia, por religión, por avaricia evitan quedar a merced de las pasiones amorosas. Esas personas o se entregan de manera compensatoria a las obsesiones adquisitivas —dinero (no sólo malos avaros), propiedades, bienes, honores, erudición, saber (“la naturaleza del ser humano es desear saber”, Aristóteles— o crean un rígido sistema de protección moralista y deontológica; el deber principal es evitar, cueste lo que cueste, la influencia nefasta del amor carnal —el deseo esclaviza, la ascesis libera. Montaigne se enorgullecía de ser poco proclive a las pasiones violentas —”tengo una sensibilidad naturalmente grosera y la vuelvo aún más espesa y empedernida por medio de razonamientos diarios”. El supremo placer físico de esas personas es defecar. Defecar alivia, es placentero, es saludable, es seguro, es barato, es inocente, es natural, es higiénico, sobre todo si después uno puede lavarse con jabón en el bidé... Mi pasión es la mujer. Cuando camino por las calles siempre encuentro mujeres que me atraen sexualmente. Siempre. Y cuando hablo de atracción no quiero decir un interés igual al que siento cuando veo un árbol majestuoso, una computadora top of the line, un caballo pura sangre, una caja de Churchills de Punch. Mi fascinación por las mujeres es tal que siento ganas de gritar —claro que no grito, no estoy tan loco, apenas murmuro entre dientes lo que me viene a la cabeza, interjecciones, ¡caramba!, ¡ay cabrón!— y me paro y volteo la cabeza cuando pasan cerca de mí y siento una emoción igual a la que me proporciona la lectura de ciertos poemas.

Gustavo Flávio, personaje de Rubén Fonseca
de *Del fondo del mundo prostituto*
sólo amores guardé para mi puro

MI VIDA CON LAS MUJERES: RAZÓN DE SER

*La nostalgia es inútil y nociva,
lo que importa es lo que se hace hoy y lo que se hará mañana*
José Emilio Pacheco

*Sí, son cada una de ellas. Sus cuerpos,
a veces gozados sólo unas horas.
Niñas, jóvenes, putas, maduras, solteras, casadas, amigas...
Historias largas, breves, magníficas, desastrosas.
Siempre deseadas, siempre amadas,
siempre esperando recibir de ellas
un especial calor, algo que ni yo mismo sé bien qué es...*
José María Álvarez

Es tan corto el amor y tan largo el olvido, decía el poeta Pablo Neruda. De pronto, en la negra noche de mi desventura, me acuerdo de ciertos detalles que, siempre lo pensé, podrían ser un motivo de reflexión, aunque no necesariamente hacer surgir un poema, sino un asunto que se vuelve y resuelve en forma narrativa, aunque no sea precisamente una historia, puesto que los hombres —en la mayoría de los casos—, nos gusta alardear y exagerar sobre ciertos hechos y anécdotas que sucedieron en nuestras vidas.

¿Quería hacer una novela o una serie de cuentos? No lo sabía, pero desfilaban frente a mí las exageraciones y los

alardes, las imágenes, algunas disminuidas y otras en su exacta dimensión, pero algunas se hacían más grandes conforme pasaba el tiempo. Sí, porque detrás de una anécdota, se encontraban el tiempo y el espacio, además de la evocación e invocación, motores que nos hacen buscar la poesía, la novela, el ensayo y el cuento.

Nada de lo que narro aquí sucedió así, de tal forma; todas estas situaciones están embellecidas por el recuerdo y la mente febril, o por el amor. Cierto que tuve una infancia feliz, pero eso no es nada extraordinario, lo que sí fue maravilloso fue mi relación con el otro sexo, con las féminas, *Mi vida con las mujeres*.

Desde que nací estuve rodeado de ellas y en ningún momento me sentí incómodo, ni nunca las vi con desdén o desprecio, lo que sigo haciendo hasta la fecha. Ellas, estaban allí cerca y me despertaban sensaciones difíciles de clasificar que venían de las caricias filiales de mi madre, mi abuela, mis tías y primas, hasta las otras que nunca he podido clasificar con claridad —siempre entre el dolor y el placer— y que ahora, muchos años después, me siguen produciendo inquietud y desasosiego.

Debía escribir sobre ellas porque me dieron —y me siguen dando— mis mejores momentos, los instantes más sublimes. Estoy seguro que nunca de su parte me escatimaron nada: llámense caricias, palabras, comida, agua, todo. El hombre es quien crea su propio infierno y lo vive y padece, las mujeres son sólo la gloria, el paraíso, el encanto. Aquí tengo que citar a José María Álvarez de nueva cuenta: “Las mujeres han sido, con el Arte, la única profunda pasión de mi vida. Sin distinción de razas, condición, talento, edad y hasta me atrevería a decir que sexo” (y también posición política, acoto yo).

En la única ocasión en que acaso me sentí alejado de su presencia mágica, fue en alguna época de mi juventud, tras

el primer desengaño amoroso serio, cuando yo era amigo de un misógino “hechizo” que, según él, odiaba al sexo bello y fuerte, aunque siempre estuvo rodeado de mujeres y aún ahora, en su vejez, me comenta alguien, acaba de ser padre de una niña —una bendición que acaso no merece—; y por su influencia y cercanía, opté por una misoginia conservadora que me duró como seis días y sus noches.

De allí en fuera, hasta el momento, pese a lo que me hayan hecho sufrir y llorar, pese a los celos y las tormentas que produce la incertidumbre del amor y del deseo, sigo considerando a las mujeres como auténticas y reales bendiciones, sin distinguir color, tamaños, estaturas, complejiones, clases sociales, posición política, profesión e, incluso, aunque le vayan al equipo de fútbol América.

Las mujeres, debo decirlo y repetirlo cuantas veces sea necesario —aunque sean ajenas, aunque no tengan nada que ver conmigo, aunque sólo las vea por unos segundos—, son espléndidas, únicas, maravillosas. No hay como estar enamorado (o no) para pensar en ellas, querer olerlas, desear sentir las, aspirar a mimarlas. El hombre está condenado —si se le puede llamar así— a amar a las mujeres, consecuentarlas, mimarlas y decirles que sí en casi todo.

Hasta la fecha, pese a que ya soy miembro de las “juventudes progresista del Instituto Nacional de la Senectud”, instalado en mi joven madurez y con cerca de cuarenta y tantos años arriba, en los hombros para ser exactos, sigo maravillado ante ellas desde el punto de vista estético: qué bellas son, absolutamente. Lo mismo las morenas que las güeras, las bajitas o las altas, lo mismo las flacas que las gordas. Siempre lo he dicho, y se han vuelto mis lemas favoritos, pero ahora lo repito: “No hay mujeres feas sino mal parecidas” y “No hay mujeres gordas sino mal fajadas”.

Ellas me hicieron a su modo y, como dijera Rafael Alberti, “soy el poeta que la vida hizo de mí” y mi vida siempre estuvo marcado por su presencia maravillosa, mágica, esplendorosa. Cuando era niño porque dependía de ellas y me cuidaban, mimaban, embellecían y llenaban de ternura. Cuando joven, en mi desenvolvimiento erótico-amoroso, fui democrático y no hacía distinciones: estaba con la que me quisiera, con quien se dejara y se pudiera. Ahora, en mi etapa madura, me he dado cuenta de que el verdadero camino es el de la aristocracia: sólo es posible convivir con diosas, reinas, princesas y demás damas de alcurnia o las que uno ennoblece con el amor y el deseo.

Ellas han sido mi vida: vine de una, sigo sepultado en otra y mis restos, cuando llegue el momento supremo de la nada, caerán sobre la madre tierra (espero que falte mucho) que no deja de ser una mujer fértil.

El poeta Antonio Machado lo decía: “caminante no hay camino, se hace camino al andar y cuando volteamos la vista atrás, vemos la senda por donde nunca volveremos a pasar”. Y agregaba: “debemos partir cortos de equipaje, porque lo nuestro es arar en la mar”. Los Tigres del Norte también mencionan algo parecido: “cuando morimos sólo nos llevamos dos puños de tierra. Armados tan sólo de nuestra desnudez, lo que coleccionamos a lo largo de nuestra vida son alegrías o desventuras: recuerdos y deseos”.

El narrador de estas historias —que no necesariamente es el autor— capta ciertos instantes que le son propicios. Yo he sido feliz, pero en algunas ocasiones, aunque ustedes no lo crean, también sufrí. Pero después de esas azarosas y angustiosas situaciones, me hice a la idea de que esa no podía ni debía de ser mi vida. Por eso mi protagonista se dedica a hablar de las mujeres, describiendo, narrando, las formas en que se relacionó con ellas.

Sí, las mujeres fueron, han sido y serán el gran motivo de mi existencia, las causantes de muchos de mis momentos más venturosos e inverosímiles, más tormentosos y santos. De muchas de ellas sólo quedan los nombres, de otras ciertas situaciones y, de algunas, ciertos detalles de sus cuerpos, sus ojos, sus aromas. Por semejante motivo, antes de que se pierdan en los anchos caminos de la memoria, me hice el propósito de recrear algunas situaciones interesantes —creo yo— para todos, y otras tan sólo y particularmente para mí.

Estuvieron cerca de mí todas ellas y como decía el poeta André Breton: “Lo que yo he amado, lo conserve o no, lo amaré eternamente”, lo cual sostengo en todos sus puntos: todas fueron el amor de mi vida. Algunas y todas esas mujeres, desde el momento en que las conocí, fueron (y ya son) mujeres perdidas. Ahora pongo mi pasado en claro y evoco lo que, tarde o temprano, a través de los años, sería de otro modo lo mismo y debía de aclarar: mi relación con ellas, lo que significaron para mí y lo que, repito, ha quedado: detalles, instantes, momentos (un cuerpo, una boca, una delgadez, unos senos, un nombre, algo sobresaliente o un detalle de su personalidad) y luego la larga desmemoria, el olvido.

Cierto que los caballeros no tenemos memoria y los escritores siempre escriben de lo que perdieron, para bien o para mal, pero ahora me asumo como narrador. Las mujeres que he conocido a lo largo de mi vida son ahora mujeres perdidas en el tiempo —el poeta José Francisco Conde Ortega dice que ya es un pleonasma—, pero en su momento fueron agua en el desierto, comida para el hambriento.

Ahora esas mujeres son, como muchas otras cosas de mi existencia, un motivo literario, porque no quiero que se pierdan: que sigan respirando junto a mí, como lo hicieron en su momento; que me sigan ofreciendo sus dones o sus des-

precios, como lo hicieron en ciertas situaciones. Que conste siempre en actas: si te vi no me acuerdo y si me acuerdo haré como que no te vi.

Como William Faulkner, José María Álvarez y Arturo Trejo Villafuerte, consideré que la mejor forma de vida que puede llevar un escritor era como administrador de un burdel o maestro de una escuela, para poder contar con tiempo libre, en la noche, para dedicarse a su trabajo literario, además de disfrutar de un ambiente grato y mujeres sin problemas —dependiendo del talento de ellas y de uno—. Alegría libre y desenfadada en toda relación con las mujeres que fueron el amor de mi vida, que son y no son tuyas.

Esa sería la razón de todo esto: dejar testimonio, a través de un personaje principal, protagonista, de esos momentos que viví, cómo los viví y con quién los viví, sin ningún afán moralista, tal como lo hizo en sus *Memorias* o *Diarios* mi admirado Giacomo Cassanova de Seingalt. Así pues, este es un testimonio ficticio —pero verdadero— de *Mi vida con las mujeres*.

Conrad Sánchez (detective privado)

Chapingo, Méx., -Bondoquito, Iztapalapa, D. F.

10-24/ 10/ 2001- 04-10/ 10/ 2002-16/ 07/ 2007

LAURA O CON LAS NIÑAS EN FLOR Y OLIENDO A PAÑAL

Para mi tío Baltazar Villafuerte Juárez (*i. m.*),
cuando regresó de E. U.

*Si. Era un mundo de carne. Carne de mujer, pechos, muslos,
culos grandiosos, labios, bocas, miradas, ropas que se ajustan,
intimidades que se adivinan o yo sueño.
Un mundo de carne de mujer por donde yo reinaba feliz, gozoso,
dejándome llevar sobre la cresta de la ola de placer.*

José María Álvarez

*Por si no lo saben, de eso está hecha la vida,
sólo de momentos; no te pierdas el ahora.
“Instantes”, poema atribuido a Jorge Luis Borges*

*Espina que pincha de pequeña ya trae punta.
Mario de Andrade*

Mi mundo se dividía siempre en dos: el de las mujeres y el de los hombres; el de los niños y el de los adultos; el de la calle y el de la casa. Yo prefería siempre estar cerca de mujeres, jugar con los niños y el espacio de la casa.

Las mujeres no eran terribles sino bondadosas; los niños, si me pegaban, los podía acusar o desquitarme; la casa era tan enorme que incluso mis abuelos rentaban la parte de

arriba y no necesitaba los espacios amplios de la calle que, por lo demás, siempre me la pintaban llena de peligros, acechanzas y de sujetos malos como el Coco y el Robachicos.

Una experiencia terrible con los adultos, con los hombres y con la calle, fue cuando cumplí tres años y estrené un triciclo: andaba por la banqueta, frente a la casa; de pronto, pedaleando, me alejé hasta la esquina. Un sujeto llegó:

—Dice tu mamá que me dejes el triciclo y vayas rápido a tu casa a buscarla.

Le dejé mi triciclo nuevo, recién estrenado, con menos de veinte metros de recorrido; llegué a la casa, pregunté por mi mamá y, hasta la fecha, no encontramos el triciclo. Eso no sucedía con las mujeres, en la casa y con los niños.

Pero no todo en la calle era así: en muchas ocasiones iba a ella tomado de la mano de mi abuelo, Pancholín, abordábamos un autobús Peralvillo-Cozumel, Peralvillo-Viga o un Viga-Colonias y llegábamos al Centro, al Zócalo; de ahí caminábamos hasta la calle de Correo Mayor, entre Corregidora y Venustiano Carranza, para entregar los artículos que él elaboraba con lana —después sería el sintético acrilán—, en Lanas Merced, la tienda de los hermanos Issa, a quienes conocía —sobre todo a José—, desde que fueron obreros de la fábrica Seda Real, ubicada en la colonia Obrera.

Así, mientras mi abuelo hacía cuentas, pesaba su mercancía y le pagaban, yo recorría la calle de Correo Mayor, entraba a la Mercería de Capuchinas a admirar los juguetes que en cualquier momento podían ser míos: balones, bicicletas, soldados, carros. Luego caminaba por Jesús María hasta llegar a los abarrotes El cafeto, donde me surtía de dulces. Seguía hasta las ruinas de lo que fue el Convento de la Merced, en el que conocí a un viejecito decrepito y abandonado que ahí ¿habitaba? ¿vivía? —como si fuera un teporocho y a quien le faltaba una pierna— y que respondía al

nombre del Doctor Atl; luego me dijo mi abuelo que era Gerardo Murillo, vulcanólogo, pintor y escritor que anduvo en la Revolución.

También mis pasos me guiaban a la calle de Moneda o San Carlos, por donde andaba una mujer seguida de gatos y perros que respondía al nombre de Nahui Ollín, que luego mi abuelo me platicó que era Carmen Mondragón, hija del general Manuel Mondragón —rico y poderoso, inventor del rifle Mondragón—, que había participado, en 1913, en la Decena Trágica en contra del presidente Madero.

Saliendo de con los hermanos Issa, muchas veces íbamos, caminando, por la calle de 16 de Septiembre hasta el Cine Olimpia, por las calles de Madero o Cinco de Mayo, hasta los cines Orfeón, Variedades o Alameda. Al lado de mi abuelo, las calles eran luminosas, alegres y no había peligros.

Las calles se volvían risueñas cuando algunas tardes, al cuidado de mis tías, sobre todo de Ángela, salía a jugar con algunos niños y niñas del barrio. Allí estaban Agustín, el Chino y Chuchis —vecinos—, Lourdes —la única niña de la tienda de la esquina, La Tzararacua—, Lucila y Georgina —hermana de Joaquín, mi tío político—, Laura, Gloria, Cristina, Carmela, las hijas de la señora Guapa —que no lo era en lo absoluto, sino que le decían así por su nombre: Guadalupe—, Lupe y Lulú —hijas de la señora Estela, encargada de la Lechería Conasupo— y varias más. Jugábamos a los encantados, hoyitos, burro castigado, tamaladas y otros.

Había un juego que en realidad eran dos y que al principio no me gustaba, pero después sí: la casita (y obvio, la comidita).

La primera vez que jugué a la casita con Laura, Gloria, Titina, Carmela, Lupe y María de Lourdes, me tuve que pelear con el Bodoque, el Chino y el Gori, porque no soporté

ÍNDICE

MI VIDA CON LAS MUJERES: RAZÓN DE SER.....	11
LAURA O CON LAS NIÑAS EN FLOR Y OLIENDO A PAÑAL.....	17
CUCA O LA MUERTE CHIQUITA.....	23
MARCOLINA O DE LAS PRIMERAS GANAS.....	31
MARÍA, ¿MI PRIMER AMOR?.....	39
ONFALIA O YO COMENCÉ LA BROMA.....	61
MARÍA DEL SOL O POR ESO SOY GUADALUPANO.....	77
ALEJANDRA O LA CALENTURA DEL SÉPTIMO AMOR.....	93
BLANCA O TU AF(L)I(C)CIÓN PUEDE HACERTE MILLONARIO.....	101
LETICIA O LA PASIÓN EXACERBADA.....	113
ALMA MÍA SIN VERTE, SIN OÍRTE LATIR BAJO LA PIEL.....	117
MANUELA ME HIZO UN FAVOR O A LO HECHO PECHO.....	121
RICARDA AREHELÍ O EL AMOR SE ACABA.....	131

«MI VIDA CON LAS MUJERES»

DE ARTURO TREJO VILLAFUERTE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO 2009 EN LOS TALLERES DE
CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES